

José María Eguren

Poesía y prosa

Edición de Gema Areta Marigó

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	11
1. Vida y poesía	13
1.1. De Lima a Barranco	19
1.2. Revistas y justicia poética	29
1.3. La constelación de Hércules	35
1.4. Las palabras de la tribu	42
2. <i>Simbólicas</i>	55
3. <i>La canción de las figuras</i>	68
4. <i>Motivos</i>	75
ESTA EDICIÓN	87
BIBLIOGRAFÍA	89
ABREVIATURAS	101
POESÍA Y PROSA	103
<i>Simbólicas</i>	105
Lied I	109
Marcha fúnebre de una marionnette	110
¡Sayonara!	112
Rêverie	114
Casa vetusta	115
Las Señas	117
Ananké	118
Las bodas vienesas	119

Marcha noble	121
Eroe	123
Blasón	125
La walkyria	126
La dama I	128
Nora	129
La oración de la cometa	131
Lied II	132
El pelele	133
Los reyes rojos	135
Las Torres	136
Lis	137
La comparsa	139
Diosa ambarina	140
Pedro de Acero	141
Syhna la blanca	142
La Tarda	144
Los robles	146
El Duque	147
El dominó	149
Lied III	150
Juan Volatín	151
La procesión	156
Los Alcotantes	157
Hesperia	159
Lied IV	160
<i>La canción de las figuras</i>	161
Ensayo sobre José María Eguren	165
La niña de la lámpara azul	178
Los ángeles tranquilos	179
La sangre	180
Las candelas	182
El caballo	183
Nocturno	184
La muerte del árbol	186

Marginal	187
El dios cansado	189
La oración del monte	191
Elegía del mar	193
Alma tristeza	194
Flor de amor	195
Las naves de la noche	196
Jezabel	197
Los delfines	200
La nave enferma	201
Nubes de antaño	202
Las puertas	203
Antigua	205
Lied V	209
Peregrín cazador de figuras	211
Medioeval	212
Avatara	214
Marcha estiva	215
Efímera	216
Noche I	218
Las niñas de luz	221
<i>Motivos</i>	223
Sintonismo	225
Eufonía y canción	230
La lámpara de la mente	233
Línea. Forma. Creacionismo	238
Las ventanas de la tarde	244
De estética infantil	247
El diario íntimo	250
La belleza	254
Metafísica de la belleza	260
La emoción del celaje	264
El olvido de los recuerdos	267
Las estampas de la vida	270
Tropical	272

La realidad del instante	278
La gracia	281
Notas rusticanas	285
Arte inmediato	289
Paisaje mínimo	292
La esperanza	297
Filosofía del objetivo	300
La elegancia	304
Visión nocturna	307
El nuevo anhelo	311
La Piedad	315
Las Terrazas	318
Expresiones líricas	323
El ideal de la vida	325
El ideal de la muerte	328
Ideas extensivas	331
Sinfonía del bosque	337
Los finales	341
Noche azul	346
Intelección	351
Notas limeñas	354
Los caballos de Chagall	358
Pedrería del mar	360
Ideación	363
La impresión lejana	366

1. VIDA Y POESÍA

La identificación entre la vida y la obra del poeta José María Eguren (Lima 1874-Lima 1942) sería postulada por Estuardo Núñez en 1932. Carlos Germán Belli ofrecerá medio siglo más tarde la figura de un mandala para representar la espiral de los días y los versos del poeta: «dos círculos concéntricos: el de su vida y el de su obra. Uno y otro girando sobre un mismo punto, personificado por el propio poeta» (28)¹. El binomio vida y obra ilumina aspectos esenciales de su poética reseñados insistentemente por la crítica, entre los más definitorios la presencia determinante de la infancia en sus versos donde niños y niñas se convierten en observadores eficientes de la realidad; experiencia originaria que recordará siempre (con los evidentes límites de la edad adulta): aquel tiempo en el que no se produce el divorcio de las cosas y los hechos con sus significaciones². «Recuerdo las primeras canciones de mi niñez, delicadas como las clavelinas de las mañanas azules; los primeros sonos del valle expresivos, y los ritmos lejanos de los insectos de la noche serena» («*Sintonismo*»)³.

¹ Anotaremos siempre el número de la página que remite a la bibliografía que cierra este prólogo. En el caso de varias obras de un mismo autor se consignan los años y las páginas correspondientes.

² Véase el ensayo de Jaime Gil de Biedma «Sensibilidad infantil, mentalidad adulta».

³ Pondremos en cursiva los títulos de los *Motivos* de Eguren, cuyos textos seleccionados el lector encontrará fácilmente en nuestra edición. En el índice hay dos cambios en los títulos habituales: «*La Piedad*» (por-

Javier Sologuren (1946: 17) nos ha dejado la mejor síntesis posible sobre aquel tiempo primero y su retorno poético:

Porque esta poesía que se halla en términos de lo infantil —reino de las más abundosas y feéricas motivaciones— no lo es sencilla y puramente de la infancia: agua clara, libre discurrir en alba inocente de tiniebla por curso de grácil y virginal sonrisa. Su participación sólo viene a serlo de retorno, como un apasionado volver a la fruición del dócil juguete, al despreocupado, suave y gozoso desenvolvimiento de una vieja ronda. Vuelta a la inolvidable morada de la infancia, único espacio en que no ha de sentirse herida su tierna y sensitiva materia.

Su correspondencia vital tiene que ver primero con la infancia solitaria de un niño enfermizo, después su íntimo amigo Enrique Bustamante y Ballivián opinaría que «los primeros versos del poeta fueron escritos para sus sobrinas y que son cuadros de la infancia en que ellas figuran» (2020b: 748). Estuardo Núñez (1964: 10) refiere los estragos en su salud de «húmedos inviernos» limeños, mientras que César Francisco Macera (2020a: 547), Isabel de Jaramillo (2020b: 555) y Ernesto More (120) hablan de paludismo, y de esas infusiones de heliotropo morado que tomara para combatirlo. Podemos fácilmente imaginar los cuidados y desvelos de una numerosa familia⁴ en su necesaria reclusión en las haciendas familiares de «Chuquitanta» y «Pro»⁵:

que Eguren la escribe con mayúscula en el interior del texto) y «*Las Terrazas*» porque así aparece en *La Revista Semanal*.

⁴ José María Eguren tuvo siete hermanos: Jorge Luis, Isaac Manuel, María Luisa, Susana, Angélica, Esther y Rosalva. «Estas dos últimas se casaron con Aurelio Rodrigo Marsano y Nicolás Koechlin, respectivamente; Susana, Angélica y María Luisa se quedaron solteras» (López Eguren, 79).

⁵ Teresa Bérninzon Eguren, sobrina nieta del poeta, nos informa que la hacienda «Pro» era de su cuñado Aurelio Rodrigo Marsano casado con su hermana Rosalva, y «Chuquitanta» de su hermano Isaac.

Recuerdo que en mi infancia, cuando la tarde no me permitía correr por la alameda encendida, jugaba en una baranda con mis carritos de hojalata pintados de rojo, amarillo y azul, llenos de paseantes de madera. La vía tenía un palmo de anchura y varias curvas. Yo rodaba mis juguetes con la ilusión de que la baranda larga y clara iba a la ciudad distante donde jugaban niñas y niños, y olvidaba mi paseo real, pues mi camino me parecía encantado. También recuerdo la mañana de la hacienda. El estanque cubierto de madreSelva y jazmines donde flotaban mis canoas minúsculas de hojas secas. Se deslizaban por la acequia entre pequeños golfos de limpia arena. El viaje era largo, llegaba a las heredades vecinas en travesía bella entre las maravillas de los musgos y de las ovas verdes. De convertirme por arte mágico en un Colón atómico, hubiera descubierto Américas de fantasmagoría. Yo seguía con la imaginación este velero luciente que llevaba correspondencia secreta a las beldades infantiles y luminosas de las haciendas ensoñadas («*Paisaje mínimo*»).

Los juguetes y la observación de la naturaleza se convertirán desde entonces en compañía imprescindible de una poesía polivalente, siempre fiel a la imaginación desbordante descubierta durante la infancia. José María Eguren comparte con Baudelaire esa «moral del juguete»⁶ en su reconocimiento del instante estético primigenio, el juguete como primera iniciación del niño en el arte, también como reproducción de una «vida en miniatura» (Baudelaire), «simulación liliputiense de la vida» (Eguren, «*Paisaje mínimo*»). Atenderá igualmente a una naturaleza descrita como «un inmenso surtidor de sonos finos y temerosos, exhala-

⁶ «La mayoría de los críos quieren sobre todo *ver el alma*, unos al cabo de algún tiempo de ejercicio, otros *enseguida*. La invasión más o menos rápida de este deseo es lo que determina la longevidad más o menos grande del juguete. No tengo valor para censurar esa manía infantil: es una primera tendencia metafísica» (Baudelaire, «La moral del juguete», 56).